Cuaderno de bitácora

KALEAN USO, ETXEAN OTSO

de Aitzpea Goenaga

En cuanto recibí la propuesta de escribir este artículo, empecé a dudar sobre cuál de mis últimas obras debía desnudar y poner sobre la mesa (en este caso, papel). Si decidía relatar el proceso de búsqueda, encuentro y confección de *Sancha*, tendría que contar que, por azar, supe que en el siglo XI, en el reino de Navarra, existió una mujer obispo dentro de la Iglesia católica. Esta pequeña información picó mi curiosidad e hizo que me sumergiera en un apasionante viaje a la Edad Media. En realidad, fue algo muy personal y muy íntimo, donde aprendí y disfruté, ya que la historia me daba permiso para crear «mi propia historia». Pero para ello necesitaba una base real, y pasé, a semejanza de un monje, interminables horas en bibliotecas buscando en libros, archivos, estudios y documentos. Aprendí toda la serie de vínculos y lazos familiares que unían a los miembros del reino de Navarra con el resto de los reinos con los que convivía. Contacté con universidades e historiadores. Después de carpetas y carpetas de documentación, disfruté poniendo en movimiento e imaginándome la vida cotidiana de las personas en ese entorno; el día a día, con sus problemas, sus afectos, su dureza, sus relaciones, sus luchas y su exquisitez. Leí novelas basadas en este período. También tuve que zambullirme en los fundamentos y organización que rodea a la Iglesia. Por suerte, tuve increíbles charlas con un gran amigo jesuita que me fue aleccionando sobre los apasionantes cambios sufridos por la religión católica, tanto en sus creencias como en sus liturgias, durante aquel período en que la Iglesia acumuló grandes fortunas por las donaciones de los fieles temerosos del Apocalipsis, que presagiaban iba a producirse con el cambio de milenio y la llegada del año 1000. Y supe que uno de los muchos motivos por los que Roma decidió introducir la doctrina agustiniana, era de carácter muy práctico; la jerarquía eclesiástica veía con preocupación cómo todas aquellas riquezas se iban perdiendo por las dotes que los monjes entregaban a sus hijos, cuando el celibato no había asomado aún a los monasterios. Además, el Camino de Santiago empezaba a tomar fuerza. Y las luchas eran continuas. En esta época convulsa y apasionante aparece una mujer, Sancha, hermana del rey Sancho Ramírez, que llega a ser obispo de Pamplona y del Monasterio de Monjardín. ¡Hace mil años… una mujer obispo! Era una historia perfecta para contar con la distancia que dan los años; un problema muy actual, la relación entre el poder, la Iglesia y la mujer. Pero necesitaba algo más, y ahí es cuando otra vez el azar me llevó a descubrir un pequeño libro anónimo, *La Garcineida.* Aquí se relata el desencuentro del narrador (o narradora) con el papa Urbano II. Después de devorarlo, hice una segunda lectura pensando que podría haberlo escrito Sancha García Ramírez. Y todos los datos que hasta entonces había ido acumulando de repente encajaron perfectamente. En ese momento estalló y cuajó *Sancha.*

Mi cabeza seguía anclada en ese fascinante mundo de la Edad Media cuando tuve que volver al mundo actual, ya que recibí un encargo. Asusta la palabra, pero existe algo inquietante y hermoso en los retos. La propuesta consistía en escribir una obra de teatro sobre la política. Pero política de partidos en el País Vasco. ¡Horror! Y además debía tener una visión que no ofendiera, solo humor blanco; y ningún personaje (partido) podía recibir crítica alguna por muy amable que fuera. Intenté convencer al productor de que anulando esa premisa no habría conflictos para fraguar la obra, y que la base de la función tenía que ser el poder reírnos de nosotros mismos. Pero me encontré con la cerrada oposición del productor; su idea era mostrar la parte humana del político, lo que hace de puertas para dentro. No perdía la esperanza de poder conquistar peldaño a peldaño mi idea de una obra ácida y sin filtros. El reto pintaba difícil, aunque, por fortuna, el ambiente social, después de la presión vivida durante el aznarismo, ahora estaba mucho más relajado y existía un aire de esperanza producido por la tregua que permitía cerrar los paraguas.

Me apasiona la política y no dudé en zambullirme en este nuevo pozo.

Después de una larga charla sobre objetivos y tono de la obra, el productor lo tenía claro: había concertado una cita con diversos representantes de la política activa e incluso algún peso pesado de la política vasca ya retirado.

En mi cuaderno escribí una larga lista de preguntas. La primera era cómo entraron en la política, y qué les empujó a ello. También les quería preguntar a todos cuál había sido

la situación más divertida o la más comprometida de toda su carrera política. O la metedura de pata más terrible. O si habían recibido sobornos. O cómo vivía la familia su «profesión». O si recordaban haber vivido la vergüenza de algún titular mal interpretado o fuera de contexto. O si se veían llevando las riendas de nuestro país. También había preguntas sobre las guerras internas, y los codazos… y, ¡cómo no!, si habían gozado de la erótica del poder.

Después de serias dudas decidí no llevar grabadora. Estaba segura de que los políticos no se sentirían tan libres a la hora de confesarse si ponía sobre la mesa un arma que los pudiera traicionar.

Empezamos poniendo el listón muy alto, ya que nuestra primera fuente de información iba a ser un ex *lehendakari*. Había tema.

De todos y cada uno de los políticos con los que me reuní, me sorprendió la generosidad de sus relatos. La hora que teníamos para charlar se convertía, en la mayoría de los casos, en toda una mañana, o las cenas se alargaban en divertidísimas tertulias, donde se contaban secretos inconfesables. Negociaciones. Amistades. Traiciones. Amores. Viajes. Juegos ocultos en los plenos del Parlamento, para matar el aburrimiento. Me hablaron del severo ejercicio de disciplina que implicaba tener que atacar proyectos que, aunque en conciencia eran justos y defendibles, contradecían las directrices del partido, con lo que quedaba ahogada cualquier afinidad con políticos de otro color; ya se sabe: donde manda el partido, no manda marinero.

Pero, curiosamente, lo que más me sorprendió es la cercanía, la simpatía y el entendimiento humano existente entre muchos de ellos. Sí, incluso entre los políticamente más opuestos. Los ladridos e improperios que se lanzan son, la mayoría de las veces, representaciones de un rol, están impostados, son los que interesa sembrar. Tengo que reconocer que me agradaba lo mucho que se conocían, pero me preocupaba saber que ese era el juego y no iba a cambiar. Incluso me contaban entre risas que algunos parlamentarios, en acaloradas y airadas interpelaciones, eran capaces de lanzar guiños a los compañeros de la oposición, como un juego entre colegas, pero enemigos. Es razonable pensar que lo cortés no quita lo valiente, pero me parecía tan ruin el engaño, que lo quería trasladar a mi obra, a pesar de la oposición por parte del productor a desenmascarar la mentira de nuestro pequeño país, donde casi todos nos conocemos, y el que no tiene un hermano en un partido tiene un primo en otro ilegalizado, o un amigo en otro distinto, o si no, un sobrino concejal.

Tuve que optar por la opción B, es decir, la de autoconvencerme de que en realidad todo era posible; así como los pintores del Renacimiento tenían que expresar su arte pintando vírgenes y santos que seguramente aborrecían.

Pero ni yo estaba en el Renacimiento, ni los personajes eran unos santos.

Aunque algún santo estuvo protegiendo los ensayos para crear el fantástico ambiente de trabajo entre los actores. Era impresionante. Defendían el proyecto y sus personajes hasta límites insospechados. El texto era en realidad un pretexto para jugar, para ir a lugares mucho más lejanos. Y jugamos.

El estreno fue precioso, en un pueblo de la Navarra pirenaica, una noche en la que nevó intensamente. Y la vida de *Ama, quiero ser lehendakari* fue en ascenso; el contacto con el público hizo que la función se asentara y los actores crecieran y jugaran. Cuando acudieron los políticos, preparados para el chaparrón y pensando que los íbamos a despellejar, se sorprendieron al ver que no nos «metíamos» con ellos. Aunque ninguno de los personajes fuese «normal». O aunque intentasen solucionar el conflicto vasco en una partida de mus o, por ejemplo, la carrera hacia la *lehendakaritza* fue una carrera de camellos de feria, a los que el público lanzaba bolas, donde los actores, montados en camellos de cartón, peleaban entre sí a codazo limpio para conseguir ganar. Pero es cierto que la realidad siempre supera a la ficción.

Y, desde luego, no era mi intención superar a la realidad con mi último espectáculo: *Kalean uso, etxean otso* (dicho popular que, literalmente, quiere decir: «en la calle, paloma; en casa, lobo», y que fotografía perfectamente este problema). Era un espectáculo bilingüe y multidisciplinar sobre los malos tratos. Un experimento muy enriquecedor, a la par que doloroso por las heridas que se abrieron durante el proceso de creación, al revivir experiencias tan angustiosas. En realidad yo, por mi cuenta, estaba trabajando en una obra sobre los malos tratos que la compañía POK me propuso escribir. Y estando en la fase de, por fin, saber más o menos cómo empezar a abordar el tema, coincidí, por esas casualidades de las que uno empieza a dudar que sean tales, con una mujer que había sufrido violencia de género y con una representante del Ayuntamiento de San Sebastián, que me lanzaron aquello de: «Hay que hacer algo, para que la gente entienda, para que se sensibilice y no vuelva a pasar». Era estremecedor ver cómo una mujer que había recibido 25 puñaladas, que había salvado su vida de milagro, recién salida del hospital, volcaba toda su energía en querer cambiar la sociedad, querer sensibilizar a los jóvenes ante ese problema social, por desgracia, mucho más cerca de nosotros de lo deseable. Y, claro, el tema, aunque desde otro ángulo, ya lo tenía en la cabeza, me interesaba, y además tenía el material humano perfecto para llevarlo adelante. Curiosamente, para entender el problema pensé que no se necesitaban muchas palabras; veía más necesario que el público

empatizara con estas mujeres, que se emocionara, y entonces empezaría a entenderlas. Empezarían a entender el motor que las ata a ese infierno: el amor, o entenderían las cadenas que las sujetan: la anulación, el aislamiento, la soledad, el miedo… Trabajamos con una coreógrafa para que las palabras, aunque estuvieran en el espectáculo, se expresaran a través de la danza y se pudiera prescindir de ellas. Emma, con sus 25 cicatrices, tuvo el arrojo y la valentía de expresar cómo una persona enamorada sigue los pasos de su amado, y cómo la primera salida de tono o el primer golpe sorprenden pero se entienden como un suceso aislado que es mejor olvidar, y cómo se va aislando de su entorno, para al final soportar todo tipo de humillaciones. Hicimos también un audiovisual con mujeres maltratadas, que generosamente nos iban contando sus vivencias, pero sin ningún detalle morboso sobre la violencia, sin titulares; solo cómo recibían emocionalmente los insultos, las palizas, las violaciones… Esas palabras grabadas fueron el material para ordenar un texto que surgió de un guión, pero donde ellas escribían los diálogos, y luego lo zurcí. Pero para que todas las mujeres maltratadas estuvieran representadas, nos faltaba la voz de la que, por desgracia y por algún desgraciado, ya no está; y ese texto lo escribí después de estar semanas con ellas.

El resultado del montaje fue inenarrable. Todavía me emociono al saber que jóvenes de 16 años confesaban a sus profesores que jamás habían sentido cómo algo los provocaba tan profundamente, y les hacía reflexionar sobre sus comportamientos. Me acuerdo de la sincera confesión del técnico de sonido, que, movido por la función, se arrepentía de las riñas con su pareja, o de la señora de setenta y tantos años que me abrazaba agradecida porque, por fin, veía reflejada su realidad.

Por supuesto hay más obras, más experiencias, más trabajos, pero este es el resumen de tres obras, de tres años.

Kalean uso, etxean otso

[fragmento]

(El suelo está lleno de sacos pequeños que han ido cayendo sobre el escenario. Emma también está metida en un saco blanco, manchado de sangre. El saco permite intuir su cara y todo su cuerpo. En la pantalla donde se han proyectado las gotas de sangre que van cubriendo completamente el fondo, poco a poco se proyectan los titulares de periódicos que se van fundiendo uno tras otro. Emma está inmóvil. Es una de esas mujeres asesinadas por sus parejas que aparecen en las fotos de los periódicos. Suena la música, que, después de unos compases, se funde con este texto grabado. Es el pensamiento de Emma. De una mujer que ha sido asesinada.)

Ahora, tumbada en este frío suelo, miro hacia mí alrededor… y con el corazón quieto, muy quieto, siento la necesidad de gritar al viento: qué hermoso es el amor. ¡Qué necesario es amar! Pero yo no lo veía. Creía que aquello… era amor, una manera de amar. Aunque en el fondo, yo sabía que nuestra relación tenía algo que no me atrevía a contárselo a nadie, algo por lo que sentía vergüenza, me achantaba, y me hacía sentir más pequeña. Pero a pesar de intuirlo, lo ignoraba; tenía la esperanza de que él iba a cambiar. Y ahí me quedé enganchada en la red, atrapada.

¡Qué pena!

Ahora, tumbada en este frío suelo, si pudiera, les pediría a todos los hombres y mujeres del mundo que no rompan las barreras de cristal que nos protegen, que destierren las palabras soeces, que no echen mano de las humillaciones, que no utilicen insultos, que no dejen ningún resquicio a la violencia…, porque cualquier agresión hace al ser miserable, lo entristece, lo envilece, y lo convierte en peor persona.

Ay. Si la primera vez que me llamó tonta le hubiese pedido que no me insultara…, si aquella primera vez que me trató con desprecio, le hubiera pedido que cambiara el tono…, si no hubiera tragado todo lo que me decía…, si hubiera sido yo misma… *(Suspira).* Y a pesar de todo, le seguí queriendo, y por eso estoy aquí, tumbada en este frío suelo, por intentar ser su sombra, por querer entenderlo, por justificar su comportamiento.

Aguanté sus palabras llenas de rabia, sus respuestas llenas de desprecio, sus gritos llenos de odio… Me ahogué con ellos, y cuando traspasé todos los límites, cuando sufrí la humillación más profunda… me encontré perdida. Mi voluntad estaba muerta. Él era el verdugo que curaba mis heridas. Era el salvador que después de empujarme al abismo me tendía la mano. Mi salvador…

(Suspiro.)

Aquí estoy, tumbada en este frío suelo, y desde aquí me gustaría preguntarle: «¿Qué, por fin has conseguido lo que querías, no? ¿Te encuentras mejor?». No. No ha logrado nada. Y seguro que para escupir su rabia, su impotencia, su ira, ya estará buscando otro saco al que golpear.

Pero, por fortuna, cada vez le será más difícil dar esos golpes. El entorno no se callará. No. La gente se le enfrentará. Los hijos se irán de su lado. Los amigos le darán la espalda. Y tendrá que aprender a vivir con algo que quiso borrar: respeto.